

La pregunta de Sandra Calvo

¿Qué nos inquieta? ¿Qué no estamos dispuestos a aceptar? El arte no podría más que señalarnos algunas respuestas a estas preguntas sin instrumentalizar nuestra mirada. La obra de Sandra Calvo en este caso se pronuncia desde adentro de aquello que nos causa extrañeza -lo informal-, a pesar de que es la realidad a puño de nuestra cotidianidad latinoamericana. Aquí, las formas de funcionamiento de nuestra sociedad que son calificadas de “anormales” en las estadísticas, son en realidad, la regla. Es bien sabido que la informalidad en el trabajo es decisivamente mayor que el trabajo formalizado y que la vivienda informal así como la ilegal han continuado creciendo en los últimos años en nuestros países. ¿Si esta es la realidad, no deberíamos quizá cambiar la pregunta?

En el caso del trabajo de Sandra Calvo no se trata de una pregunta por las formas de denuncia ni por la victimización, sino por la vivencia de esa realidad. En el trabajo realizado en Bogotá para *Arquitectura sin arquitectos* se evidencia un conjunto de tensiones con las que conviven una serie de actores y que deben enfrentarse para ser resueltas. Se trata de acciones reales: echar la plancha de concreto, conseguir el dinero para construir una edificación, y para sus materiales, trabajar, negociar el espacio, quiénes serán los propietarios, o cuáles serán sus usos. Tanto los problemas como las discusiones y las soluciones son reales, existen sin el arte, sin embargo, la práctica artística nos los permite ver desde otro ángulo. Nos posibilita ver un retrato íntimo como en una pintura de caballete del siglo XIX, pero en este caso a través de la autoconstrucción de una casa, de un hogar, es decir, mediante la acción de los individuos dentro de un grupo social. El retrato de sus acciones y no de sus apariencias.

A pesar de la presencia de Sandra, la participación de Michael y Anghello hacen pensar que este proceso es casi como un autorretrato en el que quienes están representados también definen su representación. Y por ello el proyecto va más allá de un desfase entre la realidad y las políticas urbanas. Lo interesante de la pregunta es que parte del interior, convive con la realidad y la plantea desde la experiencia. Así, la casa pasa a segundo plano y quedan sus hilos, las tensiones que la casa activa. No el proyecto de ficción.

Son entonces las tensiones internas entre los miembros de una familia por las definiciones del espacio, entre ellos y la artista, pero también las externas: las de la casa con la ciudad, y las de la acción con la política. Es el pulso por la consolidación del espacio público y el privado, que se rigen ambos por reglas, así sean de origen distinto. Podemos creer que ese pulso es quizá, el de los otros, pero es el nuestro también. Hay algo de reflejo si pensamos que en nuestros espacios también hay conflictos que muchas veces no hemos sabido negociar. O no hemos podido, porque el espacio que llamamos público, desde hace tiempo está en proceso de privatización.

En la reducción de lo público se pueden incluir los derechos convertidos en mercancía. El acceso a esos derechos a la vivienda digna y al trabajo es inequitativo y por ello no ha de sorprendernos que la respuesta sea un “Just do it” (¡Hágalo!). Hacerlo para vivir y no depender de nadie, mucho menos de las instituciones cuyo deber sea garantizar esos derechos. Es la apropiación del territorio, de lo que es público pero ya vendido al mejor postor, en una lucha por la propiedad que parece estar reservada para pocos. En la casa de hilos vemos la lucha y las personas de carne y hueso que no solo la protagonizan sino que llevan su espacio privado al espacio público de la Galería Santa Fe. Así lo público-lo privado van y regresan.

Al final, la pregunta se nos devuelve a manera de duda sobre el lugar del arte en este panorama. Un arte que nos señale y mantenga las preguntas abiertas y no nos diga qué o cómo mirar, no utilice a los otros para su propio espectáculo. Más bien una práctica que evidencie ese adentro, y ese afuera y sus complejidades, sin idealizar, sin simplificar. Dejándonos llegar a nuestras propias conclusiones.

Cristina Lleras Figueroa
Bogotá, 16 de junio de 2014